

Oímos maullar un gato

Así, en medio del
aguacero,
se oyó un gato

Marina Klein

Oímos maullar un gato

Así, en medio del aguacero, se oyó un gato

Marina Klein

Ediciones Frenéticxs Danzantes

Primera edición enero 2026

Asesoramiento en el arte de tapa

Mora Luna Lacurcia Klein

Esta edición fue producida a mano en el taller de Ediciones Frenéticxs Danzantes en algún momento de la historia en alguna parte del mundo.

Licencia



Oímos maullar un gato

Así, en medio del
aguacero,
se oyó un gato

Marina Klein

Veo la planicie helada hacia adelante. Atrás,
la montaña blanca, boscosa y salvaje.

Soy este cuerpo en la inmensa soledad de
las alturas.

Escucho el canto de algunas aves valientes.

El crujido de la nieve bajo mis botas cada
paso que avanzo.

Nada más. No hay otros ruidos.

Mi cabeza repite algunas canciones que
tarareo un poco y el vapor de mi voz se
queda congelado en la nada.

Llego al punto más alto que me permiten
las piernas y giro como un trompo loco
tratando de abrazar con la mirada y

retener en mí toda la belleza que se me
descubre.

Soy este cuerpo voraz de caminos y
geografías encantadas.

Soy este cuerpo montaraz que no sabe
detenerse.

Soy este cuerpo desbordado, desbocado.

Soy este cuerpo.

La luz le pegaba de refilón en el pelo azul.

Se apoyaba en la ventana con la cara pegada al vidrio y su respiración dejaba todo lechoso.

Yo quería ver para afuera pero no podía parar de mirarlx.

En vez de eso, se abrió con el viento la puerta del patio y entró una ráfaga helada.

Cuando me di vuelta para ir a cerrarla la lluvia entró y me mojó la cara.

Llegué hasta la puerta ya mojadox y tuve que luchar con el viento para volver a cerrarla.

Le puse una silla apoyada para que no se vuelva a abrir.

Me di cuenta que por debajo de la puerta también entraba agua. Pero sabía que no iba a inundarse porque estábamos alto en comparación al resto del terreno y el patio. Entraba porque la puerta era vieja y estaba mal cuadrada. La traía el viento y después se iba por el desnivel.

También entró frío.

Veníamos soportando bien la tormenta y el hecho de no poder salir pero no teníamos abrigo. Estábamos los dos en remeritas y pantalones cortos.

La fiesta había terminado ya hacía rato y colgamos en irnos. Nos quedamos hablando de cualquier cosa mirando el mar y la noche por la ventana y de pronto no había nadie y un aguacero de mil deidades furiosas caía a nuestro alrededor.

No creíamos que llamar un uber o algo así resolviera el asunto porque la casa estaba alejada de todo y solo tenía acceso por las

dunas así que de todas formas tendríamos que caminar un buen trecho.

Recorrimos los espacios iluminándonos con los teléfonos -porque las velas ya se habían apagado- a ver si encontrábamos algo para abrigarnos y esperar a que pare.

En uno de los armarios de la planta superior había unas mantas viejas. Ropa no pero mantas sí, así que cada uno agarró una y volvimos abajo.

Nos daba miedo que el techo se caiga o que las goteras aparecieran en cualquier momento.

La verdad es que antes no había prestado mucha atención a la casa en sí misma. Estaba muy alucinado con ir a una fiesta en la playa.

Era mi primera vez en el pueblo y era la primera vez que viajaba por esa zona del país. Había llegado el día anterior y una gente que andaba por ahí me invitó.

Y fui. Eso es todo. Viajar es eso. Conocer gente que te invita a cosas e ir.

Elly había nacido en el pueblo de al lado y ya había ido a unas cuantas juntadas en la casa. Me contó que hacía tiempo que nadie vivía ahí pero que todo el mundo cuidaba del lugar. Se hacían fiestas y juntadas a la luz de las velas, y era costumbre después dejar todo limpio y ordenado. Era como un club colectivo distante del resto del mundo.

En fin, ahí estábamos.

Sacamos unas birras que aún quedaban en una heladerita y nos sentamos a mirar llover por la ventana en unas sillas que andaban por ahí.

No hubo silencio incómodo. Solo silencio y ruido de gotas.

-En realidad esta casa era de una familia de la que ya no queda nadie. Por eso venimos y la habitamos, para que no se sienta sola. Porque las casas no deberían estar solas. Se ponen tristes.

Eran tres hermanos y una hermana. Por lo menos eso es lo que se dice y un poco de lo que yo me acuerdo. La madre y el padre en algún momento murieron y ellxs se fueron yendo. Se fueron del pueblo porque acá lo normal es irse; a las capitales, a otros pueblos, a donde sea que sea lejos.

Primero los hermanos más grandes se fueron a estudiar a alguna parte y la chica, que era la menor, se quedó. Terminó el secundario y no se fue corriendo como si hubiera que llegar a alguna parte. Se quedó sola en esta casa lejana pintando cuadros de flores y de playas.

Pero un día, sin decirle nada a nadie, también se fue. La gente se dio cuenta un tiempo después porque no la veían por ningún lado y a alguien se le ocurrió venir a tocar la puerta a ver si estaba bien. Belén se llamaba. Pero la puerta no tenía llave, la casa estaba amoblada pero vacía de ropa y de objetos personales. Y nadie supo nada más.

Como la dejó abierta todxs pensamos que era para esto, para que la usemos. Para que la casa no quede sola. Que no se ponga triste.

Fue un relato en susurro, casi en murmullo. Como una plegaria al espacio en el que nos encontrábamos.

Y en un sentido sentí que la casa nos abrazaba. Nos protegía en esa noche de tormenta y agradecía estar siendo habitada.

-¿De cuánto tiempo estamos hablando?
¿Hace cuánto que la última habitante se fue? – pregunté.

-Por lo menos quince años. A ver... Yo tengo veintisiete ahora y hasta los nueve o diez me acuerdo que acá vivía gente. Porque a veces veníamos al pueblo caminando por la playa en lugar de hacerlo por la carretera y pasábamos por acá. Me acuerdo de Belén. De los hermanos casi nada pero de ella sí. Porque

a veces ponía los cuadros afuera, como si fuera una exposición al cielo y les sacaba fotos. La vi varias veces con la cámara en la mano, moviendo los cuadros e inventando escenografías.

Le preguntaba a mi mamá o a mi papá qué hacía y me decían que era una artista y que esa era la forma de mostrar su arte.

Pero cuando me hice grande y empecé a venir acá me dio curiosidad qué había sido de la vida de Belén así que averigüé el apellido y la busqué en google pero nada. Debe usar otro nombre que nadie de por aquí conoce.

Los hermanos sí están por ahí, usan redes así que fue fácil ser detective un ratito. Uno vive en la capital y es ingeniero agrónomo. Otro en Canadá, es cocinero. El otro está en Australia, tiene un hostel.

-¿Y no preguntaste en el pueblo a ver si alguien sabe algo de ella o si alguna de sus viejas amigas o amigos siguieron en contacto?

-Sí, pregunté. Pero nadie sabía nada. No tenía muchxs amigxs y los que tenía se sintieron tan sorprendidxs como todxs lxs demás de que se haya ido así, sin despedirse ni avisar.

Oímos maullar un gato.

Así, en medio del aguacero, se oyó un gato.

Me acerqué a la puerta, saqué la silla, la abrí, y ahí estaba. Negro y lleno de heridas de guerra. Hizo un último miau antes de entrar y restregarse por mis piernas.

Volví a cerrar la puerta y a trancarla con la silla. Me siguió hasta mi asiento y se subió conmigo.

Quise llamar a mi compañerx de noche por el nombre y me di cuenta que no lo sabía.

-Soy Solfi -me presenté- ¿vos cómo te llamás?

-Me dicen Pepi.

Al gato lo bautizamos
NocheDeLluviaYMisterio.

-¿Y vos de dónde sos, qué andás haciendo por acá?

-Ando viajando en una camionetita. Soy de la ciudad capital. Salí hace un tiempo de allá para andar por el mundo. Quería estar por la playa así que vine para acá, a ver si consigo algo de trabajo o voluntariar en alguna parte durante el verano.

-Voy a preguntar si alguien sabe de algo. Anotame tu número acá - y me pasó el teléfono.

Me agendé y me llamé para agendarlx.

En algún momento paró de llover. El gato se había dormido en mis piernas.

Lx otrx felinx que seguía sentadx junto a mí, me contaba cosas de la historia del pueblo y de barcos naufragados que hace siglos poblaban con sus esqueletos el océano cerca de las costas.

Me indicó cómo divisar esas azarosas esculturas de metal gigantescas que a veces asoman en determinados lugares específicos y que cuando el sol les da de una u otra forma, se componen paisajes alucinantes.

Guardé toda esa información para los próximos días en mi cerebro.

Empezó a amanecer y nos dimos cuenta que había que arrancar ahora.

Le pregunté si quería que le alcance hasta su casa, que tenía la camio ahí nomás. Me dijo que no, que quería caminar por la playa y ver el amanecer después de la tormenta.

Que en estos días me llamaba o que lx llame yo si quería, cuando quiera, sin problemas.

Agarré a NocheDeLluviaYMisterio y lo puse en el piso, después salimos y cerré la puerta de la casa.

Me siguió todo el trayecto de casi un kilómetro hasta la camioneta y cuando la abrí saltó adentro y se acurrucó en un costado del colchón.

Sin escapatoria del amor gatuno, me
acurruqué en el costado opuesto y nos
tapé a ambxs con las mantas.

Estábamos bajo las sombras de unos eucaliptus en un lugar escondido del paso de la gente.

Armé el mate cuando ya la mañana estaba a pleno y con su furioso sol agitando el casi verano.

Dejé la ventana abierta para que el nuevo huésped pueda entrar y salir a voluntad y corrí a la playa a darme un baño.

Las olas estaban como dormidas y el mar entero como una pileta en calma. Como si la tormenta de la noche hubiera sido imaginaria.

Después salí a recorrer algunos bares y restaurantes que había visto el día anterior, en búsqueda de un trabajo de temporada.

Conseguí en el más lejano y ruinoso. Un chiringuito de madera sin pintar, el último sobre la arena. Lo que tenía que hacer era acercarme a la gente que estaba en la playa y ofrecerles la carta, tomar el pedido, llevarlo, cobrar y ser un sol para recibir muchas propinas.

Empecé en ese momento.

Atendí un montón de gente, las propinas fueron buenas. Puedo saber ser un sol.

Seguía pensando en la noche anterior, en la charla que tuvimos, en los barcos hundidos, en la historia de la casa y de Belén o como se llame ahora, en chicxs que caminan solxs de madrugada por la playa después de la tormenta.

Cuando cayó la tarde y terminó la jornada laboral le mandé un mensaje a Pepi.

Nos encontramos un rato después en el mini campamentito que había armado alrededor de la camio. Estaba NocheDeLluviaYMisterio echado en un costado pero se levantó y se me subió encima apenas me senté. Pepi trajo unas latitas, las tomamos debajo de los eucaliptus escuchando el sonido del viento mover las hojas.

Preparé una picadita improvisada con algunas cosas que había podido comprar esa misma tarde, unas verduras salteadas y unos chapatis que hice ahí mismo.

Comimos en mi alfombra voladora bajo la nohecita playera con olor a sal y a horizontes abiertos.

-Conseguí trabajo en el bar de Paty, al final de la playa. Así que si todo va bien me quedo un tiempo por acá.

Pasamos el resto de la noche mirando las estrellas y hablando de cualquier cosa. NocheDeLluviaYMisterio se restregaba entre nosotrxs y comía un poco de nuestra comida.

Cuando llegó la hora de irse le volví a preguntar si quería que lx lleve y me dijo que no, que le gustaba caminar por la playa solx de noche.

La playa estaba estallada de gente en esa época del año. No me gustaba pero era lo que necesitaba para poder seguir viajando. Trabajar en temporadas tiene la ventaja que te permite hacer un dinero de forma más o menos rápida y seguir viajando un tiempo más sin preocuparse por la economía de supervivencia.

Eso y conocer un montón de gente y lugares de forma intensa.

Mi jefa, Paty, era una mujer chiquita, nerviosa y eficaz. En el local trabajaba ella, un cocinero, un ayudante de cocina, el bachero y yo.

Era una construcción de madera que tenía la cocina atrás, la barra adelante con la caja y algunos bancos altos por si alguien quería quedarse adentro, cosa que, descubrí después, sucedía cuando llovía. Y una extensión a la entrada con un deck cubierto con techo de tejas y algunas pocas mesas.

Los baños estaban afuera, dando la vuelta por la arena, en una construcción aparte, de dos cubículos no muy bonitos pero también eficaces.

Esa mañana había amanecido hermoso pero después del mediodía se volvió increíble. Unas nubes espesas y azuladas entraron por el horizonte.

Yo estaba en el trajín del día y de repente miré el mar. El agua se volvió esmeralda en contraste con el cielo oscuro. Algunos fragmentos de luz solar se colaban a veces en la espesura y rebotaban en el agua que se encendía en ese exacto lugar y brillaba. Y el horizonte era realmente el encuentro de todo lo que jamás se encuentra, de lo permanentemente lejano.

De pronto cayó un aguacero feroz acompañado de rayos que chocaban contra el agua y hacían vibrar la caja sonora del mundo.

Tuve que correr a recoger las cosas de la gente que estaba comiendo cerca de la orilla y ayudarlas a llevarlas al deck.

Lxs turistas se quedaron todo lo que pudieron bajo techo pero en algún momento tuvieron que encarar la realidad de que la lluvia no iba a amainar y se fueron tapándose las cabezas con las toallas y las sombrillas pisando la arena mojada que se les pegaba en los pies.

Como mi horario de trabajo no había terminado me quedé adentro atendiendo la barra y limpiando un poco lo que veía que faltaba limpiar.

El bar estaba lleno de gente. Paty me pidió que me quede hasta que se vacíe y como la verdad es que me venía bien la plata le dije que sí.

Le mandé un mensaje a Pepi invitándolx a venir y a tomarse algo hasta que salga.

Aceptó y vino. No vino por la playa como le gusta porque la marea estaba subiendo y porque se iba a empapar. Llegó en un fusquita celeste con ojos de pestañas negras, intensas y risadas dibujadas alrededor de las luces delanteras. Y un culito pintado de negro en la parte de atrás. Un culito como dos U juntas bien gorditas.

Entró al local saludando y me di cuenta que conocía a todo el mundo. A lxs pocos turistas que quedaban y a todxs lxs locales.

Se estiró del otro lado de la barra para saludarme y me dio un beso.

No me sorprendió pero me gustó más de lo que esperaba.

Se sentó en uno de los bancos y le puse una birra fría.

Su pelo azul brillaba mucho con la luz densa y amarillenta del lugar.

Paty pasó por atrás y le dio una palmadita en la cabeza y después un abrazo.

En un rato, no sé cómo, en lugar de vaciarse, el bar se llenó cada vez de más gente.

Paty puso una música y el ambiente cambió por completo.

Ya no había familias con niñxs pequeñxs. Reconocí a algnxs de la fiesta del otro día. También apareció en un momento uno de los chicos que me había invitado. Después me enteré que se llama Pedro.

Yo servía cervezas a cuatro manos, maní, papitas, pochoclos, lo que hubiera.

Más tarde llegó alguien con una guitarra y apagaron la música.

Ese ser humano sosteniendo entre las manos y el pecho un rejunte de cuerdas y madera, le hizo un hueco a la noche y dejó entrar el universo en un barcito en la playa.

Todxs cantamos, tocamos tambores inventados en las sillas, las mesas, en la barra. Un par de chicas bailaron una zamba en un espacio diminuto entre la gente.

Esas fracciones de segundo en las que estoy atendiendo, cantando, me disocio y miro como si yo no fuera yo. Como si pudiera ver el mundo desde afuera. Y me veo y veo todo como en una peli y no lo puedo creer. Es todo tan intenso y hermoso. Tan drásticamente cambiante. Tan potente y tan fugaz la vida que voy viviendo.

Pepi está divinx.

Me encanta como todo le encanta. Canta y mueve el cuerpo y el pelo azul brilla y deja todo azul.

Puedo sentir el calor de su tacto aunque todavía no lo toqué. Y el olor de su cuerpo aunque todavía no lo habité.

La tormenta nunca paró pero en algún momento la gente empezó a irse. Al final estábamos nosotrxs dos y un par de personas más y Paty me dijo que ya, que me fuera, que nos veíamos mañana.

Nos subimos al fusquita para recorrer los menos de ochocientos metros del bar hasta la camio.

Yo había dejado ropa en la cuerda, mi alfombra mágica colgadita en un árbol... todo empapado. Y alrededor de la camio, un lodazal.

A los saltos llegamos desde el fusca hasta la camioneta y nos metimos adentro. Esos microsegundos de diluvio igual nos empaparon.

NocheDeLluviaYMisterio que estaba acurrucado abajo, pegadito a una de las ruedas de adelante, dio un veloz y agilísimo salto y se metió también para adentro en un segundo.

Nos secamos un poco la cara. Nos sacamos la ropa y el resto de la noche fue hermosa.

Táctil. Sensorial. Húmeda. Vibrante. Honda y hermosa.

Cuando nos despertamos el sol brillaba, los pájaros cantaban y todo olía a eucaliptu fresco.

Tomamos mate en las dunas debajo de ese sol que se asomaba mirando el mar que ya se había calmado otra vez.

Bajamos hasta la playa. La arena estaba dura y húmeda porque la marea había bajado.

Aquello era una fiesta de cositas que había traído el mar. Pedazos de vidrio pulido, algas enmarañadas en troncos, cachos de madera, una cabeza de muñeca y otras cosas indefinidas.

Nos dimos un baño. Ese día el agua estaba fría y el sol todavía no calentaba tanto.

Salimos tiritando a tirarnos agua dulce, envolvernos en unas toallas y ponernos ropa seca.

-Hoy a las ocho voy a estar haciendo una obra para niñxs en la placita del pueblo. Si terminaste ya en lo de Paty date una vuelta.

Me dio un beso en la frente y se fue en el fusca mostrando el culito redondo formado por dos U.

Ese día no llovió. Trabajé bastante hasta las seis y pico, tuve buenas propinas y pasaron buena música.

Volví a la camio, le hice unos mimos atrás de las orejas a NocheDeLluviaYMisterio, acomodé todo por si se ponía a llover otra vez, y partí rumbo a la plaza del pueblo.

Llegué medio temprano así que fui hasta la panadería de enfrente y me pedí unas tortas fritas fritas en aceite que me comí parado mirando el mar a lo lejos y a los turistas que ya salían a las calles después de la jornada playera.

Vi que estaban montando el teatro pero no quise distraerles.

Estaba Pepi, algunos de la fiesta del otro día, y otra gente que no conocía.

Eran cuatro montando el teatro, Pepi, Pedro y otro chico que también estaba en la fiesta pero no sabía el nombre y una chica en el sonido a quien no conocía.

Me senté entre el público y esperé que empiece la función sacudiéndome las migas que todavía poblaban mi ropa.

Se prendieron las luces de la plaza que eran amarillas y se fundían en el atardecer mientras el sol se ponía atrás, en el campo.

Todo era dorado y suavecito.

Respiré. Me dejé ir cuando empezó una música como de arpas e instrumentos de cuentos.

El primer títere que apareció en escena era una niña que había perdido su amigo perro. Estaba triste y le pedía al público que la ayude a encontrarlo.

Un rato después apareció el perro que había seguido a una turista y se perdió en el bosque porque era chiquito y no se sabía el camino de regreso.

Lxs niñxs le hicieron un mapa al perro para mostrarle cómo volver a casa ayudadx por otro títere que era una bruja sabia.

Lo dibujaron con tizas de colores en el piso, en medio de la plaza. Iba desde el bosque hasta el otro lado del pueblo, cerca de la playa y del arroyo.

El otro títere era la mamá de la niña que todo el tiempo le decía que el perrito iba a encontrar el camino de regreso, que todxs tenemos dentro un mapa escondido que

nos permite siempre encontrar el camino a casa, sólo hay que saber descubrirlo.

Al final el perrito siguió el mapa que habían hecho lxs niñxs y se reencontró con su amiga.

Todxs aplaudimos.

Los títeres saludaron al público. Lxs actorxs también. Y se quedaron un rato jugando con lxs niñxs que querían tocar y ver cómo se construían los títeres y escuchar las voces que hacían lxs actorxs.

Después Pepi me presentó a todo el mundo y nos fuimos a su casa en el fusca.

Era un rancho circular que tenía la parte de abajo de ladrillos de barro cubiertos de cal, y la parte de arriba de madera. El techo era de paja o totora, no lo sé.

Chiquito y orgánico.

Vivía en el mismo terreno que Juana y Fermín (la chica del sonido y el otro chico que no sabía el nombre). Cada unx tenía un pequeño rancho como el de Pepi y la visión final terminaba siendo como una aldea de chozas con un patio comunitario en medio.

Juana y Fermín eran de la ciudad capital. Pedro era de otro pueblo un poco más lejano que no tenía costa. La única persona

local era Pepi. Aunque su mamá y su papá también habían migrado desde la ciudad capital a esa playa en algún momento hace mucho.

Nos sentamos en el patio que tenía un diseño de mosaicos de colores en el piso. Había un sofá raído y de un color imposible de descifrar, una mesa de hierro y vidrio, sillas de diverso origen y materiales. Colgaban lucecitas de un cable enredado en una cuerda que lo cruzaba en varias direcciones. Más arriba de eso, mil estrellas.

La mesa se llenó de cosas comestibles y deliciosas que cada uno fue sacando de su casa, Pedro de su coche y yo de mi mochila, algunas tortas fritas que aún me quedaban.

Reconocí la heladerita que estaba en la casa de la fiesta del otro día. Alguien la fue a rescatar después de olvidarla allí y volvió a recargarla de latitas de cerveza fría.

Después Juana sacó un ukelele y se puso a cantar con voz dulce canciones que no conocía.

Canciones de ella que hablaban de amor, de tristeza, de luchas por la libertad de los pueblos y de la playa. Un salpicadito tierno, emotivo y vibrante.

Se acabó la comida, la cerveza y la música. En ese orden. Y hubo que irse a dormir.

Pepi me invitó a quedarme y acepté encantadx.

Me arroje entre su ropa, entre su remera y su pecho, bajo las mantas de verano. Y mientras nos movíamos con la respiración gozosa, nos entraban las mil estrellas por la ventana del cuartito de arriba y la gata manchada nos miraba de costado.

Cuando nos quedamos dormidxs, ella se puso sobre mi espalda y ahí se durmió también. Se llama Luz Chiquita.

Parece que en este lugar le ponen nombres compuestos a lxs gatites.

Estaba en lo de Paty sirviendo una tarta con agua mineral en una de las mesitas que ponemos sobre la arena a una pareja de gente muy bronceada, cuando de pronto algo me hizo girar a la derecha y prestar atención a una mujer que salía de entre las dunas.

No sé por qué. Simplemente porque habitualmente nadie salía de ahí. La gente llegaba caminando por la playa o bajaba por los caminos que cruzan las dunas. Ella bajó corriendo desde lo alto de la montaña de arena con una camisa blanca sobre la maya negra y descalza.

No traía bolso ni nada más.

Un par de minutos después entraba en el bar.

Cuando me tocó volver a entrar cargadx de una bandeja con platos sucios y restos de comida, la vi sentada en uno de los bancos altos y hablando bajito con Paty que seguía del otro lado de la barra atenta al trabajo pero con un poco de algo distinto en la mirada.

Lo supe al instante. No sé por qué, pero lo supe.

Era Belén.

Tampoco sé por qué no había podido dejar de pensar en ella y en la historia de la casa.

Pero era un hecho. No había podido dejar de pensar en ella, en su historia y en la historia de la casa.

Desde la noche de la fiesta hasta ahora me había quedado resonando en un costado de la mente la duda de qué había pasado realmente ahí. Cuál era el sentido de todo lo que me había contado Pepi.

Alguien que se fue de un día para el otro sin despedirse de nadie. Que cambia el nombre o que por lo menos lo oculta para no ser encontrada. Que deja la casa vacía

de objetos personales pero amoblada y con frazadas, y abierta para disfrute comunitario.

También me había quedado pensando en la parte de que la casa necesitaba ser habitada para no sentirse sola, para no ponerse triste.

Era lo contrario a los cuentos de casas embrujadas o de terror de Mariana Enríquez.

Estamos hablando aquí de una casa-madre. Una casa abrigo y arrope.

Y eso fue lo que sentí esa noche.

Me sentí en casa, protegidx.

Estaba sentada en un banco alto con la pierna izquierda doblada y el pie apoyado en la madera, y la derecha completamente extendida tocando el suelo con un anillo plateado en el dedo índice.

El pelo negro cruzado por varias canas muy blancas. Rapado en un costado y larguísimo en el resto de la cabeza.

Me miró un segundo y me hizo un gesto de hola pero siguió hablando con Paty de cosas que no pude escuchar.

Seguí sirviendo mesas toda la tarde. Era muy verano y muy vacaciones en esta parte del mundo, menos en esa conversación que se daba entre ellas. Ahí parecía que no había consonancia con el tiempo.

En algún momento se fue. La vi de espaldas volviendo a subir la duna.

Cuando volví a entrar cargando otra bandeja Paty estaba realmente afectada.

Le pregunté si estaba bien o si necesitaba que la cubra un rato. Me dijo que sí y salió.

Yo me las arreglé cómo pude con los pedidos, la barra y todo lo demás.

Volvió una media hora después con la misma cara con la que se había ido pero capaz un poco más calma.

-Era una amiga que hacía mucho que no veía y me descolocó un poco que apareciera así de golpe. Ya se me va a pasar, tranqui -

me dijo y volvió a ocupar su lugar atrás del mostrador-.

Hice que sí con la cabeza y volví a mi trabajo habitual.

Cuando terminó mi horario no me pude aguantar y trepé la duna.

Efectivamente, la casa estaba ocupada.

Lo supe porque habían puesto cortinas y se traslucía la luz eléctrica de adentro que antes no había.

Me quedé mirando un rato el mar aprovechando que estaba sobre lo alto y volví a bajar con grandes zancadas.

Le mandé un mensaje a Pepi contándole.

Me respondió un rato después con un OHHHHHHH y que teníamos que ver cómo hacíamos para charlar con ella (¡¡¡!!!)

Pero que mientras tanto si quería podía ir a visitarlx y cocinarle algo rico.

Pasé por el súper y compré un poco de lo poco que quedaba en las góndolas y me fui caminando por la playa.

Había una brisa fresca y salada. Las estrellas estaban brillantes y hermosas, algún que otro satélite maligno trataba de sacarles el protagonismo y la soledad milenaria de la que gozaban, pero no lo conseguían ni por asomo. Ellas seguirán ahí cuando todo este infierno humano termine. Cuando todos esos millonarios idiotas sean menos que un grano de arena de esta inmensa playa.

Mientras tanto nos toca a nosotrxs ver cómo lidiar con eso. Cómo bajar a esa gente de mierda de un hondazo de sus montañas de poder fabricadas sobre millones de cuerpos y litros de sangre.

En eso estamos. Por ahora vamos perdiendo la batalla.

Es como si todos los malos de las películas y los dibujos animados hubieran ganado al mismo tiempo. Y lxs espectadores aplaudieran encantadxs desde sus pantallas. Como si no fuera con ellxs. Como si todo fuera una ficción o un videojuego. Como si el mundo real hubiera desaparecido abducido por el vidrio negro de los teléfonos.

Esta es la época que nos toca vivir. La del dominio del mal.

Y acá estamos, intentando gestar una resistencia que está bastante dispersa y atomizada. Hablando de lugares seguros y de ternura cuando nos están cagando a cuchillazos.

Llegué. Cenamos, hablamos, nos arropamos, dormimos.

Solo eso. Qué maravilla.

Al final las cosas ocurrieron como suelen ocurrir las cosas. Por azar.

Me puse atender a la gente que tomaba sol en la playa y sin prestar demasiada atención llegué a dos chicas que estaban sobre un pareo naranja hablando animadamente.

Cuando se dio vuelta la que estaba de espaldas mirando al mar me di cuenta que era Belén.

Les llevé una mesita y el pedido de papas fritas a la provenzal con dos cervezas.

-Hola, soy Belén y ella es Analía – me dijo cuando volví para llevarme las cosas.-
Vivo entre las dunas – y señaló hacia

arriba y hacia allá-. Soy amiga de Paty así que nos vamos a ver seguido.

-Hola, soy Solfi. Conozco tu casa, estuve en una fiesta hace unos días.

-Un gusto – dijo sonriente e hizo una inclinación de cabeza tipo reverencia.

Al caer la tarde estaban las dos todavía en la playa tomando mate, Paty salió y se sentó con ellas.

La tensión del día anterior había desaparecido por completo y las tres charlaban de lo más animadas de cosas que no escuché.

Me fui un rato al campamento a ver a NocheDeLluviaYMisterio.

Estaba acostado como la última vez, debajo de la camio, pegadito a la rueda de adelante.

Le acaricié la cabeza y entré. Él siguió donde estaba sin darme la más mínima bola después de dedicarme una mirada de compasión.

Ordené un poco el despelote que era mi casita. Tendí la cama y me puse a leer.

Afuera era casi noche cerrada aunque todavía quedaban los últimos destellos de la tarde de sol.

Me había traído unas papas fritas del bar en una bandeja así que después de un rato de reposo de las piernas, salí a sentarme bajo las estrellas con el libro a comer.

Mi técnica de colgar el teléfono con la linterna encendida de una cuerda que cuelga de la rama de una acacia salió impecable y tenía la mejor iluminación posible sin que se opacara el color de la noche.

Me gusta un montón estar así. Ser este ser bajo las estrellas, leyendo en mi campamento individual, con mi soledad intacta.

Sentir mi cuerpo en la tierra. Sentir la noche. El aire que me rodea, fresco y salado. El perfume de las mil plantas y flores que no sé qué son.

Quedan atrás todos mis traumas. Todas mis angustias acumuladas en los baúles de lo que hoy ya no es y no quiero que sea.

Me miro tendidx en mi alfombra mágica, leyendo a NoViolet Bulawayo, con la música de los bichitos de la noche y la respiración tranquila a pesar de la historia que me cuenta.

Yo con la respiración tranquila.

Si creo en los milagros es porque nunca hubiera imaginado a este ser que soy con la respiración tranquila.

Con la vida meciéndome como cuando te sentás bajo una cascadita en un río y te masajea la espalda y el resto del cuerpo, si lo dejás flojito, se balancea con el ritmo del agua.

Lo más difícil no es encontrar el río ni la cascadita, sino quedarse serenx, dejarse ir.

Sé que esto suena muy hippie pero no lo es. O sí, no me importa.

Sé todas las batallas gigantes que tuve que dar para poder estar así, en paz. Y voy a defender cada una con mi dentellada feroz.

Viajar es mi modo de estar en el mundo.

No es un gusto, no es un escapismo, no es una experiencia.

Es lo que soy.

Viajo desde que tuve edad para hacerlo, y aun antes.

Viajaba por la ciudad en colectivos y en trenes hacia barrios que no conocía cuando me escapaba del colegio. Hacia la ribera del río ancho o hasta el campo y los cañaverales que quedan en el oeste y en el sur, en los márgenes de la urbe.

De a poco fui perforando lo que habitualmente se llama lejos. Necesitaba habitar esa palabra. Ese espejismo.

Esa añoranza falaz.

No me sanaba la tristeza pero me permitía no morir ahí adentro. Llevarla como una piel, no como un trasto o un baúl.

La tristeza no me asusta ni me intimida. Otras cosas sí. Otras cosas me dan miedo y no sé cómo enfrentarlas.

La tristeza no. Tengo práctica.

Cuando era esa persona que huía del colegio en bondi o en tren para conocer nuevos mundos, la tristeza era mi única guarida segura. No era un peso, era mi frontera. La frontera de mi muralla.

De la muralla para allá, el resto. Lo banal.

De la muralla para acá, mi hueco. Oscuro pero no opaco.

Y cuando sí tuve edad para ir más allá, me fui.

Al inicio de ese primer viaje fuera de mis contornos seguía dentro de la muralla.

Mi cuerpo se movía por el país y el continente pero yo seguía dentro de mi muralla triste.

Insisto, no me asusta la tristeza, pero es poco.

No es suficiente.

Es una sola emoción dentro de una gama infinita de otras que se pueden experimentar. Quedarse ahí, siendo este un universo tan basto, es poco. Es reconocer que se tiene miedo de sentir otras cosas por temor al desencanto.

Y aunque también sé lo que es tener miedo, no es una sensación que me guste. No me gusta cómo se siente en el cuerpo. No es refugio.

El miedo es lo que necesitamos para huir. Para estar segurxs que ese lugar/persona/situación, se puede poner hostil y es mejor correr.

Y hay que utilizarlo para eso. Es el empuje necesario para la huida. Pero no es un espacio habitable.

Es el animal que somos percibiendo el acecho del predador.

Pero si no tenemos el debido cuidado, esa sensación que nos es tan útil en la supervivencia, nos enreda como una jaula y llegamos a pensar que la supervivencia es el único destino posible.

Pero no lo es.

La supervivencia es el escalón mínimo para seguir en este mundo. Quedarse ahí más de lo necesario es trágico, denso y aburrido.

Así que cuando mi cuerpo se fue soltando al viaje y aparecieron otras cosas, también pude ir saliendo de a poco de mi ciudad amurallada, y en esos paseos tranquilos, entender que el desencanto no es tan terrible como lo anunciaban mis temores.

Y también que a veces el encanto es mucho más tenaz en su existencia de lo que habían previsto esos temores enanos, que tienden a ser exagerados por su propia naturaleza corpórea.

Estaba tomando unos mates en las dunas, mirando el mar pensando en nada, y Belén se sentó al lado.

No me sorprendió mucho así que no fingí sorpresa.

-A ver cómo está ese mate – me dijo y esperó que le cebe uno.

-A ver qué opina la recién llegada – dije mientras se lo daba.

El veredicto debe haber sido bueno porque se quedó ahí hasta que terminamos el termo y después me acompañó a la camio a que calentara más agua.

No hablamos de nada importante en ese rato, sólo nos dejamos estar mirando el mar y a la gente que empezaba a llegar a la playa.

Aparecieron unas ballenas a lo lejos y festejamos.

Después de calentar el agua volvimos a la misma posición que habíamos dejado un rato atrás. Y un tiempo después me saludó y fue a meterse al mar. Un rato más tarde desapareció caminando por la playa hacia el lugar donde había menos gente.

Ese día no trabajaba así que pasé mucho tiempo sentadx en esa duna. Quería estar en calma y soledad.

Mucho rato después apareció Pepi caminando por la playa en sentido opuesto al que se había ido Belén. Me imaginé que se habían cruzado y que Pepi la había reconocido y le había hablado alegremente de lo feliz que le ponía su retorno.

Me vio a lo lejos y subió la duna para saludarme.

Me dio un beso en la frente y se sentó al lado, bajo el sol del mediodía.

Tenía un gorro azul con tejido andino.

El pelo azul le salía por debajo del gorro azul. La piel llena de sol le brillaba encendida y enérgica.

No me resistí y le di más besos.

Me contó lo que ya sabía mientras soplaba un vientito fresco y marítimo que hacía que se pudiera estar a esa hora en las dunas.

Se había encontrado a Belén, la había saludado y dicho lo feliz que le ponía su retorno.

Le contó que cuando era chicx pasaba por su casa y la veía con los cuadros exponiéndolos al cielo y sacando fotos.

Ella lx invitó a que la vaya a visitar cuando quiera a ver sus cuadros nuevos y las cosas en las que está trabajando ahora.

Hicimos planes para esa tarde, para ir a visitar a Belén, y se fue corriendo cuesta abajo y después caminando lento junto al mar.

Por qué nos obsesionaba Belén. No lo sé. Nos fascinaba su historia de alguna manera y queríamos saber más.

Queríamos ver qué tipo de cuadros hacía ahora. Qué tipo de vida había llevado estos años que estuvo lejos, qué fue de sus hermanos, por qué se fue sin despedirse... En fin, teníamos tantas dudas que deberíamos regular para no volverla loca y sobre todo para que no nos trate de locxs a nosotrxs por ser unxs intensxs.

Pasé el resto de la tarde en mi campamento con Noche en mi regazo acostadx bajo los eucaliptus.

No leí, no escuché música, casi que no pensé. Solo estuve ahí mientras el mundo giraba alrededor del sol en un universo infinito, rítmico y oscuro.

Tipo siete de la tarde salí para el punto de encuentro y fuimos caminando por la playa hasta la duna de Belén y allí nos metimos.

Nos esperaba con una sonrisa y mate de yuyitos mientras hacía algo con tierra en una especie de huerta flotante hecha con cajones de madera de la verdulería puestos sobre ladrillos naranjas.

No dijimos que íbamos, pero igual nos esperaba.

Nos invitó a entrar y el primer impacto fue que no había estado jamás en esa casa.

Muy loco porque había estado una noche entera hacía unas semanas.

Era un lugar completamente diferente.

No sé cómo hizo ni cuando llegó, ni cuánto tiempo tuvo para arreglarla, pero aquella ruina era ahora un espacio limpio y amplio de lo más hermoso.

Indiscutiblemente, tuvo menos de un mes para operar esa magia.

No es que tuviera muchas cosas ni nada, sólo que ahora ya no era una casa sola y triste sino que era un cobijo/guarida de lo más hermosa.

Las paredes estaban coloridas con pintura, tapices y demás telas maravillosas, las sillas en orden afuera, en el patio, junto a una mesa hecha con tablas y patas de palo de eucalipto, y adentro en el centro de la sala, una mesa baja de pallets, un tapete y unas esteras.

La cocina tenía heladera. Había luz. El baño limpio.

Ni idea, esa mujer era maga, definitivamente.

Nos llevó arriba.

Una de las habitaciones tenía un colchón sobre el piso de madera, unos estantes de tablas que colgaban de la pared con ropa y nada más.

Uno de los otros cuartos era el taller y estaba lleno de objetos, pinturas diversas, líquidos y demás materiales que ignoro su nombre, función y procedencia.

Otro era como una galería personal donde había fotos, cuadros pintados en diversas técnicas, collages, poemas ilustrados enmarcados, objetos desconocidos y bellos, y así...

Después del tour volvimos abajo, a sentarnos en la mesa de afuera y mirar como caía la tarde con sus fucsias y naranjas tan intensos.

Pepi sacó su teléfono y puso una musiquita linda de una chica que cantaba súper dulce con su guitarra.

Traíamos un vino tinto en la mochila que descorchamos cuando se puso oscuro y que tomamos casi en silencio, mientras las reinas de la noche nos emborrachaban con su perfume.

Al rato trajo maní, aceitunas y maíz frito, unas latitas frías y prendió un porro.

Seguimos nadando en ese silencio tranquilo entre la arena y el cielo.

-Yo también me acuerdo de vos ¿sabés? - dijo mirando a Pepi - Andabas por las dunas y por la playa cuando eras chiquitx con tu mamá y tu papá. Me acuerdo porque casi nadie pasaba por acá si no es que venían especialmente a vernos. Pero ustedes pasaban por pasar, por caminar, por disfrutar del camino, y vos siempre te me quedabas mirando con cara sonriente. Y mirabas todo, los cuadros, a mí sacando fotos... Me gustaba que fueras público de lo que hacía.

-Es que me encantaba verte.

-¿Nos vas a contar por qué te fuiste? – esx fui yo. Las palabras atravesaron mi garganta sin que pudiera impedirlo. Tener tacto, esa había sido mi promesa de año nuevo. Ya la había roto y recién estábamos a inicios de enero.

Se oyó una carcajada acompañada de una tos posterior. Por suerte era Belén que al parecer no se había enojado por mi pregunta desubicada.

-Nadie me habla del tema – dijo aun con un poco de tos. – Como si les diera miedo que me rompa o algo así. O como si en realidad temieran el por qué. Como si fuera un secreto que puede mancillar el honor de alguien. Me reclaman no haber avisado pero no me preguntan por qué. Así que te voy a responder.

Me fui porque sí. Porque necesitaba andar y ver más cosas. Pasaron cosas feas acá, eso también es verdad pero no me fui por eso. Por eso volví.

No me fui en plan huida, me fui en plan Mundo allá voy. No me despedí de nadie y dejé la casa abierta y sin nada porque sí.

Porque quería que la casa se use.

Es mía y de nadie más y hago lo que quiero con ella.

No se puede vender porque está prohibido construir acá y no la pueden tirar abajo porque hay un vacío legal en esta franja de dunas en particular.

No necesito el dinero así que tampoco la voy a alquilar.

La dejé abierta para que la ocupe quien la necesite mientras no estuviera.

Me cambié de nombre en el viaje porque no quería que me encontraran. Eso también es verdad. Quería andar anónima.

Nacer y crecer en un lugar como este es que todo el mundo sepa de vos y eso es muy fuerte.

Acá vienen a vivir muchas personas que se cansan de las ciudades y se crean su mundo imaginario en la playa. Y está bien, cada uno con sus cosas.

Pero para mí, en determinado momento, se hizo muy pesada la mirada ajena, las expectativas ajenas.

Una cosa es elegir vivir acá después de una vida de anonimato en las grandes urbes y otra muy distinta es haber nacido antes siquiera que esta playa figure en los mapas turísticos. Cuando era un pueblo de pescadores para este lado y de la ruta para allá, campos con vaquitas.

En fin, otro día seguimos con el cuento, ahora hablemos de ustedes.

Y le contamos un poco de nosotrxs.

Pepi le contó de su mamá y su papá, que formaban parte de quienes se hacen su mundo imaginario en la playa y ellx que un poco sí y otro poco aún no sabe si quiere seguir allí o salir a viajar. O salir a viajar y volver o irse a vivir a otro lado o qué.

Tiene su grupete de títeres y teatro, su rancho bien bonito en una tierra comunitaria que compraron entre varixs, pero que igual anda a veces con ganas de

arrancar y otras no tanto. Un poco se siente de la playa pero también se siente de los caminos. Así que mientras piensa, viaja pero cerca y genera cosas en el territorio que habita.

Yo, bueno... En otro momento capaz les cuente lo que dije, pero básicamente ya saben quién soy. Una persona que anda por el mundo.

Otra mañana de sol después de una noche de tormenta gigante.

Dormíamos con Pepi y Noche cuando nos despertó el movimiento ondulante de la camio y el rugido del viento en los eucaliptus.

Me asomé por la ventana (cosa que hago cada vez que llueve) para cerciorarme (una vez más) que aunque se caigan todas las ramas de alrededor, ninguna nos hará salir heridxs.

Volví a correr la cortina, nos apapuchamos lxs tres y dormimos serenamente hasta el amanecer.

Hicimos un mate con yuyitos y nos fuimos hasta la playa en busca de los tesoros que traen las sudestadas.

Pepi tiene todo el rancho decorado con esas piezas de colección que al océano se le olvidan en la arena cada vez que se retira.

Y yo también empezaba a tener mi hogar con ruedas lleno de esos objetos indefinidos y hermosos.

Me tocaba entrar al trabajo temprano. Fui andando hacia el lado opuesto de Pepi metiendo las patas en el agua fría.

Cuando llegué Paty tenía la música al palo. Una canción triste de amor. Pensé que la iba a encontrar con lágrimas inconsolables del otro lado del mostrador pero nada que ver. Estaba limpiando el baño y cantando a todo pulmón con una sonrisa brillante en la cara.

Así que también sonreí y me puse a baldear el piso del bar y de la cocina.

Cuando llegaron los demás y se pusieron cada uno con sus faenas, me di cuenta que por un rato, ese era mi lugar. Encajaba perfectamente.

Cantábamos la música que sonaba en los parlantes. Todxs conocíamos las canciones y eso, que puede parecer un detalle insignificante, para mí es un montón.

Una de las cosas que más me desordenan cuando ando viajando por ahí no es el idioma o la comida, es que no me unan referencias musicales con la gente que voy conociendo.

Cuando puedo corear una canción con personas desconocidas hay algo que me hace muy bien. Como estar en casa y descalzx.

Había traído de la casa de Belén el libro de Ocean Vuong, En la tierra somos fugazmente grandiosos.

Noche se había puesto en el hueco de mi espalda y yo estaba tiradx boca abajo en mi cama prolijamente tendida.

Escucho que me golpean la ventana de adelante.

Me doy vuelta con calma para no llevarme un rasguño innecesario del ocupante de mi espalda y ahí estaban Pepi y Pedro que me hacían señas para que les abra.

Abro.

Que se están yendo a dar unas funciones en un pueblo que queda subiendo las sierras. Se van todo lo que queda de la semana. Si quiero el día que no me toque trabajar puedo ir a visitarles.

Digo que sí y les doy besos y abrazos y les deseo buena suerte.

Me dan muchas ganas de ir y compartir campamento con ellxs en esos días.

Se van. Vuelvo a mi mundo secreto.

El libro me lleva a un lugar muy hondo, triste y hermoso.

Estoy leyendo mucho en esos días.

Tengo tiempo y necesidad.

Mi biblioteca es un cajón de frutas de madera puesto abajo de la cama. Cuando se llena, regalo algunos y me quedo con otros que me van regalando por ahí.

En general necesito el equilibrio entre ficción y realidad que me permite la literatura. No puedo vivir sin leer. Me consumo y me muero.

No sé habitar la realidad de este mundo sin la literatura.

No es una fuente de conocimiento ni de entretenimiento ni de sabiduría. Es el hilo delgado que me mantiene de este lado de la vida.

No podría sostener este cuerpo sin los libros.

Es un hecho y no hay nada que hacer. No se combate, se admite y se transita.

Es el territorio imaginado que me acoge, el que me sostiene cuando el libro se cierra y la plana, opaca y absurda forma de vida en este mundo tangible se abre como pulpo y traga lo que se encuentre. Las vidas, las maneras de desear, de confluir, de anidar, de enfurecer, de revolucionar.

En este acontecer material y ordinario, yo necesito más. Necesito de forma vital y desesperada las letras negras sobre el papel que en mi mente conforman imágenes y resplandores. Sin eso, no puedo.

A veces por eso también escribo.

Es como el anclaje a la tierra.

La voz narrante de mi cabeza vuelta materialidad y leída por otros ojos, introducida en otras mentes.

No es un combate contra la muerte y el olvido. No es un combate contra lo efímero ni contra la fugacidad de los días.

No es un combate.

Es una necesidad. Es la misma necesidad.

De un lado y del otro de los libros.

Los libros son el amor de mi vida. No el único pero sí uno fundamental y fundante de este ser que soy.

Viajo porque el pequeño y triste mundo de mi pequeña y triste infancia fue perforado por la literatura y fui arrancadx de esa angustia visceral y transportadx a lugares lejanos y maravillosos por caracteres negros sobre papel viejo.

Hoy viajo con mi camio y no morí.

Viajo con lecturas, mi cuaderno y mi compu dentro de una estructura metálica con ruedas que me permite trasladar este cuerpo de pueblo en pueblo. Kilómetros y más kilómetros por carreteras larguísimas. Yendo hacia los atardeceres naranjas sobre el pavimento negro y todo brilla muchísimo.

Y yo con mi soledad voy.

No voy al pueblo de las sierras donde están Pepi y lxs demás. Me quedo trabajando en el bar y disfrutando de las noches con Noche en silencio.

Después de unos días vuelven y me vienen a ver y me cuentan todas las novedades y las aventuras.

Vienen todxs y se sientan por ahí, en el pastito, en la alfombra mágica y en unos tronquitos que hay. Traen cerveza y cositas para picotear.

Ponemos una musiquita en mi teléfono.

Después atravesamos las dunas y armamos un fuego en la playa, en la soledad de la playa a la noche. Lleno de estrellas el cielo.

Lleno de estrellas.

El mar brilla con las fosforescencias del plancton.

La chica del ukelele, Juana, vuelve a cantar.

Abrazo a Pepi y nos damos unos besos largos que me hacen muy bien.

Aparece Belén detrás de la duna y se suma al fuego y a la música.

Puedo pasar la eternidad en ese estado de flotación. No quiero nada más. No necesito nada más.

No hace frío ni calor. El aire huele a sal. La arena sostiene mi cuerpo. Una boca húmeda humedece la mía con gusto a cerveza y cosas dulces.

Nada es del todo irremediable. Podemos ser seres hermosxs aunque todo lo que ya sabemos.

Aunque gobierne la derecha en el mundo, aunque los satélites de seres horribles quieran competir con las estrellas, aunque casi no quede agua limpia en América del

Sur, aunque todo eso. Un rato. Podemos ser hermosxs y reclamar nuestra porción de belleza, alegría y felicidad estridente.

Un rato.

Podemos.

Me cuesta concentrarme porque después de muchas vueltas de bebida y marihuana dormí un rato indefinible y justo ahora es sábado, está todo lleno de gente y la cabeza no va a la velocidad que necesito.

Me piden mil cosas, las llevo. Hasta ahora no cometí errores graves pero eso requiere una energía gigante que espero poder sostener las horas que me quedan hasta el fin del día.

Errores simples sí, como llevar ceniceros a gente que no fuma o que gente que sí fuma me lo tenga que pedir dos veces. Me pasó ya con tres mesas en un par de horas.

Porque está pegado en cada una de las mesitas que NO TIREN LAS COLILLAS EN LA ARENA. Entonces claro, necesitan ceniceros.

Porque si no, los tiran en la arena. ME PUEDEN EXPLICAR CÓMO EN ESTE SIGLO, EN ESTE MOMENTO DE LA HISTORIA, HAY QUE PONER UN CARTELITO PARA QUE LA GENTE NO TIRE LAS COLILLAS EN LA ARENA???????

En serio? De verdad?

Pues sí. Y mismo así, algunas personas las tiran en la arena.

De pura costumbre.

Porque el desastre climático es una mentira gay/comunista. La contaminación es sinónimo de progreso, dijo milei o alguno de sus estúpidos secuaces del mal y del daño.

Que mueran los peces, las aves, las plantas todas y todos los animales que existen.

Que solo queden los humanos con capacidad de sobrevivir en un mundo que huele a muerte y coman transgénicos envasados por robots lobotomizados.

Hagan lo que se les dé la gana.

Yo sólo necesito dormir unas horas más para acordarme por qué era que está bueno insistir con estar vivx en medio de tanta mierda.

Ta, ya me acuerdo.

Bajo a la playa. Amanece detrás del mar y me acuerdo. La calma y las aves marinas en sus vuelos insólitos. Mi cuerpo erguido sobre los pies descalzos en la arena fría. El mate en las manos. Algunas nubes rosadas en el horizonte. El olor a lugares lejanos y a sal.

Respiro. Hondo. Profundo.

Expiro. Hondo. Profundo.

A seguir.

Cuando llego Paty me lleva a un lugarcito que hay atrás y me pregunta qué vestido le queda mejor.

Nunca la había visto en ese plan así que me divierte el rol de asesorx de moda.

El azul, definitivamente.

Viene un chico que le gusta a almorzar. Ya me lo va a señalar con la mirada cuando llegue.

Le acomodo un poco el pelo antes de salir y le recomiendo que se ponga las hawaianas turquesas y un par de aros que tiene en la mano y mira con cara de no estoy segura.

Está divina.

Cuando el chico llega me doy cuenta que es un bombón. La mira como queríamos que la mirara. Lo conseguimos.

Me pongo contentx.

Es domingo y todo termina más temprano que el resto de los días.

Paty se va con el chico. Estuvieron toda la tarde cruzando miraditas y después él se acercó a la barra, tomaron algo y charlaron un montón.

Se fueron por la playa caminando bien cerquita. Será una gran noche para ellxs.

Cuando vuelvo a mi bunker me encuentro a Belén esperando y a Pepi.

Estaban sentadxs en la alfombra mágica y Noche en el medio, abandonado a sus caricias.

Caía la tarde y me gustó que estuvieran ahí. Tres de mis seres preferidos del mundo en este momento esperando por mí.

-Te veníamos a hacer una invitación. Me dijo Pepi que escribís súper lindo, yo también escribo súper lindo – risas- y además me gusta hacer las publicaciones. En estos días estoy terminando de montar mi taller de edición. La idea es hacer algunos libros y fanzines artesanales y montar una pequeña muestra con ese

material y otras cosas que tengo en mi casa, antes que termine el verano. ¿Qué decís?

-¿Qué digo de qué? - Risas otra vez-. ¿Yo te doy las cosas y vos las hacés un libro o me tengo que poner a trabajar? No, de verdad. Tengo varios textos. Poemas y otras cosas que no sé lo que son y algunas historias de viajes. Pero ahora no tengo cabeza ni tiempo de trabajar en eso. Si de verdad te interesa te paso y vos hacé lo que quieras.

-Hecho- dijo Pepi que hasta ese momento no había abierto la boca.

Belén la miro y también dijo Hecho.

Brindamos con vino tinto y comimos aceitunas negras de un frasco.

Saqué de la camio algunos papeles, le mandé por whatsapp lo que tenía en archivos digitalizados y no hablamos más del tema.

Yo no sabía, de todas formas, qué era lo que quería hacer con ese material. Sabía que escribía porque me era natural, porque no podía hacer otra cosa con la vida más que escribir lo que me iba pasando, mis recorridos íntimos. Pero ya no me interesaba el futuro de esa acción. Hacía tiempo que eso se había convertido en una actividad en sí misma. Empezaba y terminaba en sí misma. No había un después, ni siquiera en redes o de alguna otra forma. No tenía ningún interés personal de mostrar lo que estaba escribiendo.

Varias veces había hecho fanzines chiquitos y otras cosas pero justo ahora estaba absolutamente desconectadx de ese mundo. Le había leído algo a Pepi porque vio algunas cosas desparramadas por ahí y me preguntó.

Ahora trabajo con el cuerpo y me gusta.

Empiezo la jornada laboral, me muevo de un lado para el otro. Interactúo con un montón de gente cada día. Me divierto. Gano plata. Estoy al sol. Vivo en mi sueño

particular con el gato negro y las visitas de mi amante bellx. Me gusta. Soy yo en este mundo.

Y bueno, ahora parece que van a hacer libros con mis papelitos y mis borradores del block de notas del teléfono. Me divierte pensar cómo sucederá todo eso.

Me acuerdo que también tengo unas fotos que pueden estar buenas para intercalar con los textos que le acabo de pasar. Se las mando también pero sin decir nada. Que ella haga lo que considere mejor. Me entrego en sus manos. Me parece que son manos en las que puedo confiar.

Se quedan un rato más y se van juntxs caminando por la playa y cuchilleando cosas que no escucho. Pero sí les escucho las carcajadas a lo lejos y me lxs imagino bajando corriendo por la duna del brazo y a tropezones.

Me despierto antes del amanecer y voy andando hasta el mar que empieza a tener una rayita dorada allá en el fondo. Dorada, rojiza, naranja. El sol que viene con toda su magia cromática.

Meto mi cuerpo cálido en el agua que no está tan helada como supongo.

La piel se eriza.

Me zambullo en la primera ola grande. Me lavo combatiendo el tintinear tiritante de dientes y los temblores de frío.

Me envuelvo en la toalla y subo corriendo las dunas. Arriba me espera un chorro de agua tibia que calenté en mi súper cocinita de gas.

Inventé una ducha con un bidón de agua viejo de muchos litros. Lo puse arriba de una acacia, entre dos ramas que lo sujetan.

Le cargo el agua tibia por arriba y dejo que mi cuerpo se endulce y recupere su calor bajo el chorro hasta que se acabe.

Noche me mira con desconfianza cuando vuelvo a entrar a la camio y me visto. Le parecemos absurdxs lxs humanxs y nuestro vínculo con el agua y la limpieza.

No lo juzgo. A mí me parecen absurdas muchas cosas. Esta no pero otras sí.

En el devenir de la historia que atravieso me quedan pendientes muchas subhistorias.

Por ejemplo, he visto al chico que tiene un refugio de animales marinos al final de la playa.

Se llama Leo.

Lo vi en el bar la noche de lluvia. Me lo crucé en el supermercado varias veces y otras muchas caminando por la playa. Nos decimos hola e inclinamos la cabeza en señal de saludo pero nada más.

También vi y me contaron que hay variixs voluntariixs en verano que lo ayudan con el proyecto. No sé muy bien si a rescatar

bichitos o a arreglar el lugar para cuando esos bichitos lastimados aparezcan por sí solos.

Hay una señora que sale todos los días a la puerta de su rancho a leer. De mañana temprano buscando los primeros rayos de sol, de tarde buscando la sombra.

Siempre tiene un pañuelo en la cabeza a modo de turbante. Dependiendo del día, el registro cromático va desde rojos intensos hasta pálidos celestes.

Se sienta ahí, saluda amablemente pero nada más. No interactúa con nadie, está en su estrella lejana con los personajes del libro.

Están lxs dueñxs de los otros bares y restaurantes. Muchxs son de las ciudades cercanas y vienen sólo en verano. Otrxs que también son de las ciudades pero se quedan todo el año. Otrxs que son de países vecinos. La única que es local es Paty.

Niñxs y adolescentes que andan por ahí en banditas inventando aventuras. Algunxs serán de acá y otrxs andarán recolectando anécdotas para cuando vuelvan a sus lugares.

Lxs veo andando, viviendo sus primeras historias de amor y deseo. Sus primeras excursiones fuera de la vista de sus madres y padres. Sus primeros fuegos en la playa cantando a voz pelada. Sus primeras birritas, sus primeros porros. Sus primeros todo.

El verano, la playa, andar al viento. Tesoros para quienes en lo cotidiano viven en cajones de cemento y capitalismo.

Pienso que me voy a quedar un tiempo cuando los turistas se vayan a ver cómo es el pueblo de verdad.

Quiénes son estos personajes que habitan los espacios cuando el espacio vuelve a ser habitable.

Hoy me toca trabajar hasta las cinco de la tarde.

Cuando salgo tengo un mensaje de Pepi que dice que me esperan en lo de Belén cuando termine.

Subo la duna y voy.

Me están esperando con mate y tortafritas con miel de eucaliptus.

Me tomo el primer mate mientras me hacen la visita guiada al taller de edición.

Subimos hasta la habitación que está al final del pasillo doblando un poquito a la izquierda y que hasta entonces no había reparado.

Un par de impresoras chicas, una guillotina manual, una compu. Hilos diversos, cartones acomodados por grosor en una estantería de madera rústica, cartulinas acomodadas por color del otro lado de la misma estantería. Cúter, engrampadora, un drémel, resmas de hojas recicladas.

Mesas sólidas y largas que ocupan dos de las paredes completas en L.

De fondo la ventana que da al mar. La luz que entra se derramaba por todas partes.

-Bienvenidx al santuario - dijo Belén mientras se cebaba uno para ella y chupa la bombilla con los ojos fijos en mí.

Un poco se me humedecieron los ojos.

Hacía mucho que había desconectado de esa parte de mí que hace cosas, que genera objetos.

Objetos bellos o feroces que contienen palabras que se convierten en imágenes o historias dentro de las cabezas de la gente.

Ese taller tan sensible por su escala alcanzable, me produjo una oleada tumultuosa en el pecho.

-Acá voy a trabajar con tus textos y tus fotos. Hay lugar para vos también así que podés venir cuando quieras y usar lo que necesites.

-Gracias. No estoy muy segurx si lo usaré o no, o cómo se darán las cosas...

No supe muy bien qué decir. O de qué forma reaccionar.

-Vengo de situaciones un poco complicadas y no estoy tan segurx de querer o de poder - un poco me quebré. Un poco se me escaparon algunas lágrimas. Un poco me emocioné por el ofrecimiento y un poco tuve un miedo terrible del futuro. De mi futuro y del de todxs quienes estábamos en esa habitación.

Me abrazaron y me calmé después de un rato no muy largo.

Respiré y salí a fuera. Volví a respirar y a mirar el mar.

En el pecho me oprimía un puño cerrado a la altura de las costillas.

Necesitaba toneladas de aire y viento y velocidad.

Les di a lxs dos un beso fuerte y me fui corriendo bajando la duna.

Por unos días desaparecí del mundo.

En el fondo sabía que alguna compuerta se estaba abriendo pero hacía ya tiempo que me costaba estar en el mundo material.

Toda exposición de fuera de mi eje hacia el resto requería una energía extra que no tenía. Que había perdido en algún momento en el camino.

Hacía años había formado parte de la escena literaria independiente de mi ciudad. Iba a eventos, leía frente a otra gente las cosas que escribía. Expuse algunas fotos en bares llenos de humo y música fuerte. Vendía mis fanzines en esos mismos lugares después de las lecturas o al ladito de las fotos y en ferias de libros.

Formé parte de colectivos de autorxs y de editorxs.

Viajé por el país con mi mochila y mis libros, y vendí. Me quedé en casas de gente que hacía otros libros, que pintaba cuadros y tocaba instrumentos, que pensaba cosas grandiosas de la literatura y de la edición independiente, de la autogestión y de comer sin agrotóxicos, de dejar a los animales en paz.

Compartí conversaciones alucinantes con las personas más lúcidas del mundo. Me vi. Me entendí.

Cambié mi forma de percibirme, de nombrarme. Cambié mis pronombres y mis sujetxs de deseo.

Cambié mi forma de vincularme. Los colores de mis ropas y de mis banderas.

Me sentí arropadx y contenidx. Más lúcidx yo también, por la cercanía contagiosa de esas personas.

Mi retórica picante creció e inundó todo mi mundo como la lava de un volcán. Estaba hechx fuego. Ardía y brillaba.

Todo el ecosistema que me rodeaba era fuego y estábamos incendiando; y a la vez éramos el verdor fresco de una vida nueva y bella.

Pero en un momento toda esa exposición me quebró. Fue mucho.

Salí a los caminos en soledad.

Necesitaba volver a encontrarme en este cuerpo y en este centro.

La demanda de genialidad es abrumadora. No soy genial.

No tengo siempre una respuesta aguda en la puntita de la lengua. No sé bien cómo amar y dejar que me amen. No sé bien cómo enfrentar cada una de las luchas que la realidad termina imponiendo. La genialidad se me escapa igual que la inocencia. Los vínculos me cuestan muchísimo. Construir con otrxs y sostener esa construcción me parece lo más admirable de todo el universo pero no sé hacerlo. Me caigo, no consigo. Se me escapan totalmente los mecanismos por

los cuales las personas pueden estar en vínculos de construcción colectiva durante largos períodos de tiempo.

Empecé el camino hacia afuera un domingo de tarde cuando llegué del trabajo.

En lugar de encerrarme en un libro e ignorar todo lo demás, puse música y dejé que mi cuerpo se mueva como bien entendiera.

No había nadie alrededor. Sólo las acacias, los eucaliptus y otros árboles que no sé sus nombres. Pájaros. Noche y yo.

Me quedé descalzo en el suelo y bailé. Suavecito, a saltos, revolcándome por los costados. Con piruetas improvisadas y maravillosas.

Dejé que mi propio cuerpo me sacara del hueco horrendo en el que había caído presx del terror a mi propia angustia.

Cuando me acosté, agotadx de la experiencia física, finalmente me pude relajar y dejarme ir.

Me solté. Dejé que la mano que me atravesaba la garganta y me partía el pecho en dos, se afloje, se abra y se vaya.

Respiré blandx y me dormí.

Parece que las cosas se acomodan sobre los huesos como la piel.

Llevé unas bandejitas de papas fritas a la casa de Pepi y aparecí después de mi tiempo de huida.

Estaba toda la bandita del teatro de títeres reunida en la mesa de afuera hablando con bastante emoción de algo que estaba por suceder.

Me abrazaron, me dieron besos y me pusieron una silla en la ronda.

Estaban tirando ideas sobre qué hacer en el evento que iba a suceder en lo de Belén en un par de semanas.

Iba a ser una jornada de varias horas la inauguración del espacio/casa abierta/taller expo. Afuera se iba a montar el escenario para los títeres y después algo de música con Juana, su voz clara y su ukelele, y adentro la galería con las obras visuales y gráficas, y los diferentes cuartos con los talleres específicos de realización de esas obras.

Es decir que se iba a exponer el material hecho y las técnicas, máquinas y herramientas con las que se materializan.

No intervine en la conversación pero todo lo que decían me parecía buenísimo.

Al final llegaron a un consenso sobre determinada obra que yo no había visto, decidieron hacer unos cambios pensando en el público y el lugar, y que deberían ensayarla un par de veces antes de la fecha.

Un rato después cada uno se fue a hacer sus cosas.

Me quedé con Pepi y le di unos besos largos.

Después entramos a su casa, nos sacamos la ropa y redimimos el tiempo que había pasado desde la última vez.

Siguió una jornada laboral agitada. Muchxs turistas, muchas niñeces pidiendo cosas, mucho sol, arena y algún que otro baño de mar refrescante.

Cuando bajó el sol subí la duna por un lado y la bajé por el otro. Fui a lo de Belén.

Aplaudí fuerte en la entrada y salió en seguida a recibirme. Tenía un vestidito playero rojo de lo más bonito, el pelo recogido en un rodete, y un pincel en la mano izquierda.

-Soy zurda -dijo a modo de explicación y de saludo.

Entré.

Fuimos al taller de pintura. Estaba trabajando en una tela grande que todavía estaba casi blanca. Sólo tenía unas líneas azules por los costados y una foto de Analía apoyada en el caballete.

-Esperame que termine algo que necesito dejar listo hoy y charlamos.

Esperé.

Miré un poco alrededor, curioseé por ahí viendo obras, materiales, herramientas de las cuales muchas no sabía ni qué eran ni para qué servían.

Preparó un mate con manzanilla y coco y nos sentamos bajo el cielo del atardecer.

-Cuando me fui de acá, hace diecisiete años, estaba tan furiosa y rota que o miraba hacia las nuevas aventuras que la vida me pudiera dar, o moría en algún hospital de salud mental sola y olvidada.

Pero morir sola, loca y olvidada me daba más rabia que vivir. Como que al final vivir era mi venganza personal.

Después que mis hermanos se fueron me quedé en la casa de mi familia, no me quise ir. Tengo una conexión muy fuerte con la playa y el mar. Con la naturaleza de

acá. Con sus inviernos y los vientos fuertes, con el olor a sal todo el tiempo.

Pero bueno, le verdad es que también estaba habitando un costado mío bastante oscuro. Y ese costado estaba copando todo.

Durante el último año sobre todo, ya me había escapado de mis canales habituales de contención.

Escribía muchísimo, pintaba muchísimo, y también bebía muchísimo y me drogaba muchísimo. Pero fundamentalmente estaba triste todo el tiempo.

Triste muy triste. De una tristeza tan honda que no veía escapatoria.

Cuando digo oscuro no me refiero solamente a la falta de luz. Me refiero a un túnel cavernoso tridimensional de materia blanda y roca. De uñas afiladas que salen de las paredes húmedas y te rasgan la piel. Y sangrás. Y la vida se escurre en ese líquido rojo y cada día que pasa tenés menos energía y estás más muerta.

Un sábado de mañana me desperté y vi que así no. Que esa persona que era yo ya no me incluía.

Llamé un flete de la ciudad para que no me conozca. Contraté dos ayudantes de la misma empresa para que me den una mano en llevar todo desde acá hasta el camión, metí todo ahí adentro, y me fui.

Era un domingo muy temprano. Pagué el doble porque la tarifa de domingo es el doble. No me importó. Quería que fuera domingo muy temprano para no cruzarme con nadie.

No le dije nada a mi novio de ese momento ni a mis mejores amigas que eran Paty y Analía, ni a la gente con la que pasaba la vida; ni al dealer.

Dejé la casa sin llave para que la use quien quiera y me fui.

Le hablé solo a mi hermano menor que es con quien seguía en contacto, pero tampoco lo vi porque estaba en Australia, solo le hablé para que no se preocupe demasiado.

Alquilé un depósito en la ciudad y guardé mis obras, algún que otro recuerdo de mi mamá y mi papá, cerré y me fui.

Lo demás quedó en un container de la calle a espera de los cazadores cirujas.

Mis hermanos mayores creo que se enojaron o se ofendieron. Ni idea. Hacía años que no venían por acá y la verdad es que a ellos todo esto, la casa, el mar, la playa y yo, les chupamos un huevo.

Esto no tiene valor de venta, conmigo la relación siempre fue cordial pero distante. Y bueno, las cosas de las familias.

Saqué un poco de plata de la cuenta de banco donde todos los meses me ingresaba algo por el alquiler de los campos que eran de mis viejxs, y empecé de nuevo.

Lejos, sola y con el dinero suficiente para vivir un mes. No toqué más esa cuenta hasta ahora.

Trabajé de moza, hice collares de maderitas y caracoles, viajé de arriba para abajo por el continente este, y por los otros un poco menos, pero también.

Estuve en hostels voluntariando, en las cosechas de las frutas más diversas. Cuidé casas en lugares increíbles.

Viví sola con cuatro cabras en un paraje verde con piedras negrísimas en una casa vieja. Y recién ahí, después de no sé cuánto tiempo, volví a pintar.

Ni siquiera fue un plan. Solamente empecé. Bajé al pueblo y en el bazar vi unos bastidores chinos. Compré tres.

Los días siguientes me los pasé buscando tierra de colores por los alrededores. Hice mezclas con cosas y sustancias. Y de a poco, los cuadros con sus formas y texturas, con sus mundos internos, volvieron a mi vida como si nunca se hubieran ido.

En otra excursión me compré un cuaderno morado. Y también volvieron las palabras.

Así, sin pensar.

Se empezaron a llenar otra vez mis pulmones de aire nuevo.

Me extiende un papel que dice esto

Desconexión

Me olvido prolijamente de todo. De lo que me aterra, de lo que me enloquece de placer, de lo que me angustia, de lo que me calma, de lo que me mata. De lo que me vive.

Y espero.

Salgo. Camino y espero.

Espero que las palabras me acudan. Me tiñan, me invadan. Me ahoguen o me salven.

Si no vienen, las secuestro. Las busco, las encuentro y las mastico con la boca abierta mientras hablo sin parar de otras cosas que no son esas palabras.

Y pienso en historias. En las que vivo, en las que viví, en las que pienso que viviré.

Pienso que siempre que me pongo a escribir escribo de lo mismo. Que si no encuentro ese hueco nostálgico no sé cómo iniciar una frase.

Pero ese hueco nostálgico es viejo y está agrietado. Y ya no quepo. Pero todavía no he sabido cómo inventarme otro lenguaje con el que decir lo que quiero. Un poco en los dos últimos libros. Pero sólo un poco.

Leo policiales nórdicos y pienso que no quiero escribir policiales nórdicos pero me gustaría saber planear así de bien una novela. A veces son malas, pero están bien planeadas.

Y yo no sé planear ni la cena.

Peor, ni las compras para la cena.

Las historias me arrebatan y me llevan puesta.

Pero ahora me falta lenguaje para escribir o decir o contar esto que quiero contar ahora. Que tiene que ver específicamente con las narrativas de lo que sé, de lo que vivo.

Me conformé como ser narrante en un momento específico de mi historia personal. Siempre escribí pero encontré mi voz en un momento específico. Y esa voz que amo porque tiene que ver con

lugares oscuros que amo, ya no me alberga. Porque esa oscuridad ya no me alberga. Y la gente que me condujo a escuchar y producir esa voz, está lejos. Y aunque la amo, tampoco me alberga más.

Crecí y me fui.

Me gustaría encontrar la música de las historias de los espacios que habito. Porque eso fue lo que encontré en mi viejo ser. La música que subyace. La banda sonora de la vida. Y poder seguir ese ritmo. Encontrar la poética, desplazarme a través de ella.

Ahora veo el paisaje, entiendo el lenguaje, veo que hay historias pero no sé cómo contarlas.

Hay un vacío entre el afuera y mi adentro narrativo.

Y quiero poder hablar de esto con la misma profundidad con la que sé hablar de soledad, de tristeza y de muerte. Pero no me sale.

El medio rural y las playas están pobladas de seres extraños.

La mayoría tiene grandes revelaciones y grandes odios con respecto a lo que han dejado atrás.

La ciudad como enemigo. Y claro, la ciudad es un buen enemigo porque la ciudad es un monstruo. Es monstruosa. Horrenda. Sucia. Hacinada. Contaminada. Vieja. Espantosa.

Y la ruralidad es el paraíso perdido. La reconquista del ser olvidado.

Cuando éramos bellxs, purxs, inocentes.

(...)

No dice nada más, el texto está incompleto

(...)

-¿Cómo es eso de los últimos libros?
¿Cuáles son? Te googleamos pero no había nada de vos.

-Uso un pseudónimo. Cambié mi nombre cuando me fui. Todavía estoy pensando cómo hacer para reconciliar esta que intento ser acá otra vez en el pueblo y la que fui en mi exilio. Pero como no lo resolví, por ahora queda vedada esa parte y no les voy a decir bajo qué nombre vengo firmando lo que hago. No sé bien cómo reconciliar los girones de los que estoy formada así que los mantengo a prudencial distancia.

Con los cuadros pasa lo mismo. Ya veremos en qué da la vida.

Te cuento todo esto porque desde que te vi en el bar de Paty me sentí cerca y tal vez te sirva esta historia o esta experiencia. Viví más años y aunque eso de por sí no sea una carta de recomendación suficiente, capaz cuando te sientas aturdidx te sirva saber que es verdad que de este laberinto alguien siempre sale.

Mucha gente que quise ya no está o está toda rota por ahí. Estoy cansada y triste de encontrar y recoger sus pedazos. Gente

que fue hermosa y brillante, y que no pudo ver la rendija para huir detrás de la grieta. O que la vio y eligió el rincón con las tinieblas más densas.

La oscuridad no me tragó pero tampoco salí ilesa. Tengo esa sombra cosida a mis talones y no hay nada que pueda hacer, es de hilo irrompible.

La miré largo.

No que me sorprendiera nada de lo que me estaba contando. Encajaba perfectamente con su estética y su forma de todo. De estar, de andar, de hablar, de nombrar, de vestirse, de sentarse sobre los talones cuando estaba arrodillada.

Pero cuando dijo La oscuridad no me tragó pero tampoco salí ilesa, y habló de la sombra, me acordé de algo que hacía mucho que no pensaba. Algo parecido a lo de los arañazos que había dicho antes.

Salir, sí. Pero no salís enterxs. Y lo peor, hay otrxs que estaban sentaditxs a tu lado en esos huecos profundos que se

quedaron ahí y el pavimento se cerró con
ellxs adentro. Se los tragó para siempre.

Salís, sí. Pero te quedan las marcas en el
cuerpo y en la respiración y en el olor.

Y extrañas de muerte a tus cómplices
confabuladorxs de esas trágicas andanzas.

Y no hay chau que valga ni duelo que
valga.

Lxs arrastrás para siempre contigo. Se te
pegan en los párpados y en la piel.

La mirada, las canciones, los discursos.
Adentro del cráneo, en la forma de
razonar, de hilar pensamientos. En la
sensibilidad irritante de existir.

No dije nada.

Me quedé en silencio mirando el cielo que
ya era por completo oscuro con sus pintas
brillantes de estrellas salpicando por
todas partes. Sentadx en una silla playera
abrazándome las piernas, hechx un
bollito, respirando el aire de la noche.

Se levantó y me acarició el pelo. Apoyé la cabeza en su cuerpo y me quedé así, con la tibieza de la vida que conecta con otra vida en un flujo de energía circular e incendiada.

De a poco en los días que siguieron a esa noche, empecé a ir a trabajar en el taller.

Después de las jornadas del bar de Paty iba para allá y pensaba cosas. Fabricaba cosas. Imprimía cosas. Pegaba, cortaba, pintaba, escaneaba collages, hacía maquetas de páginas de libros en la compu e imprimía pruebas. Volvía empezar. Y así.

Pepi venía también y a veces trabajábamos juntxs, otras veces hacía otras cosas para sus obras o para otros futuros proyectos.

Se generó una especie de guarida de tres seres que andábamos por la casa casi sin hablarnos, cada unx dentro de sus propias cavilaciones creativas, pero que al mismo tiempo nos retroalimentábamos por estar

ahí, por vernos hacer. Por la energía que emanaba de los cuerpos en acción.

Al caer la noche compartíamos unas cervecitas y comiditas que traía yo del bar o algo que cocinaba Pepi.

Después a veces Pepi venía conmigo a la camio, otras iba yo a su rancho y nos degustábamos con calma y cuidado.

A veces también nos dábamos unos besos con Belén. Lxs tres. Unos besos largos y dulces. Era muy hermoso.

Mientras yo trabajaba totalmente vueltx hacia adentro, lxs otrxs dos estaban en plena expansión.

Belén preparando la muestra que estaba a unos días de distancia y Pepi la obra.

Entre ellxs hablaban más de detalles técnicos como iluminación y sonido, recorrido de la gente en el espacio, horarios, y qué sé yo cuántas cosas más; mientras tanto yo habitaba los suburbios de mi inconsciente encerradx en el cuarto

de las impresoras y la guillotina al que llamábamos El Altillo de Gutenberg.

No era un altillo ni había una imprenta de hierro fundido pero para nosotrxs era eso y ya está.

Belén eligió algunos de mis textos escritos a mano y los escaneó. Usó un par de fotos para la tapa y contratapa, unas más para intercalar con los relatos, y salió un fanzine muy zarpado y hermoso.

Yo no lo hubiera hecho jamás así, me superó en todo. Quedó como una pieza maravillosa.

Imprimió cien. La ayudé a coserlos y a refilarlos. Me dio cincuenta para que tenga para vender cuando me vaya. Y dijo que los otros cincuenta los iba a vender ella en la inauguración, que si estaba de acuerdo.

Claro que sí, dije yo. Y me hizo inmensamente feliz.

La muestra-casa/taller-espacio de cultura-refugio de artistas y gente rara-etc. se inauguró a fines del verano.

Fines del verano quiere decir que ya no quedaban tantos turistas pero sí los justos. Los que prefieren menos bullicio y más contemplación.

Pusimos una mesa larga afuera con termos de té de hierbitas silvestres cultivadas en los cajones de madera con tierra negra que estaban ahí mismo. Fermín antes y después de la obra hizo de barman y servía vino y cerveza fría a precios populares.

Adentro todo era magia y corazón.

Mis fanzines estaban en la planta baja puestos en una especie de mesa de tres niveles junto con otro con imágenes de piezas de Belén que llevaban su firma de nombre real.

En el nivel de abajo estaban apilados, uno al lado del otro. En el segundo y en el tercero estaban abiertos en diferentes páginas.

Todas las habitaciones estaban abiertas a las visitas menos el dormitorio. La cocina y los baños también.

En cada una de ellas se recreaban atmósferas diferentes y tenían expuestos mundos diferentes.

Había una de pintura con cuadros de naturaleza oceánica, feroz y desolada, sin gente.

En el centro había esculturas de técnicas varias de personas diversas. Unas chiquititas que representaban viejitas sentadas en el banco de un pueblo con la casa atrás del banco y las calles empedradas a los costados.

Una travesti emplumada con tetas grandes y un pene enorme que reinaba en el medio de la habitación rodeada de la naturaleza del mar.

Unxs niñxs jugando al fútbol hechos con antiguos muñequitos de plomo y pintados a mano sobre una madera verde.

Viejos caminando con su bastón sobre una callecita hecha con piedras de verdad.

Y así.

En otro cuarto había reinos abstractos de colores relucientes y esculturas también abstractas solo en blanco o negro.

Tres esculturas en realidad. Dos negras, una blanca. Como de metro y medio cada una hechas en un material que no conozco.

También se podía visitar El Altillo de Guttemberg y ahí un poco yo explicaba y mostraba el taller.

En cada una de las habitaciones había, al lado de la puerta, pequeños objetos representativos de lo que estaba expuesto

en ese lugar, y una lata que decía *deje acá su ofrenda monetaria para sostener este espacio*.

Lo único que estaba en venta eran los fanzines. El resto era una muestra.

La gente entraba a conocer también los espacios de trabajo y preguntaba cosas a las que respondíamos de lo más animadxs. Hablamos de herramientas, técnicas, máquinas, materiales, de la vida, de los viajes y así.

Pepi y su banda de gente hicieron el espectáculo cuando el sol se ponía detrás de la duna.

El cielo se volvió fucsia y celeste intenso y ellxs con su teatro de mil colores, eran hermosxs.

Niñxs y adultxs se rieron, se emocionaron, festejaron y aplaudieron un montón.

Después pasaron una gorra que se nutrió rápidamente.

Las personas bebieron y picotearon cositas toda la velada, así que también la barra dejó una moneda.

Juana nos musicalizó el final del encuentro muy dulcemente.

A eso de las doce de la noche sólo quedábamos la bandita de siempre y Paty que sólo pudo venir cuando cerró el bar. Llegó bajando la duna con su nuevo chico agarradito del brazo.

Hicimos un fuego en la arena y nos acurrucamos unxs junto a otrxs para ahuyentar el frío mientras intercambiábamos impresiones sobre la muestra, sacábamos conclusiones y conspirábamos sobre el futuro.

Después Juana, chica-maga-maravillosa, sacó el ukelele otra vez y cantamos. Alguien destapó un vino, otrx armó un porro más y así seguimos hasta que Paty con su acostumbrada lucidez dijo me voy a dormir que mañana hay que laburar.

La miré un toque y me di por aludidix así que también hice chau con la mano como un ventilador gigante, Pepi me agarró del brazo y nos fuimos a los tumbos por la playa hasta la camio mientras nos reíamos fuertísimo de algo que no me acuerdo.

Un poco más la vida siguió así. En ese limbo del verano.

El verano en la playa es un espacio temporal no existente en el resto de las cosas y de los mundos.

Es un paréntesis. Un recodo oculto entre los bucles.

En fin, pero un día termina.

Mucho tiempo había pensado que quería vivir de temporada de verano en temporada de verano. Hemisferio sur, hemisferio norte, ida y vuelta infinidad de veces.

Saltar de hemisferio y por sobre el océano como si fuera una rayuela y yo tuviera cuerpo de gigante.

Me gusta la sensación de levedad que dan los viajes y los saltos.

No necesito forjar una materialidad sino eternidades subsecuentes. Una seguidilla de pequeñas y abarcables eternidades que pueda compactar y llevar conmigo.

En cada desplazamiento me dejo y me llevo.

Y muchas veces también vuelvo a los lugares-hogares que me alojaron en puntos lejanos del planeta.

También pasé inviernos en playas como estas y en este instante preciso estoy con la compu en las manos mientras afuera llueve a cántaros (es mi día de franco), y pienso que tal vez también ahora pueda quedarme un rato más. Que no tengo ni quiero irme ya. Corriendo.

Pero tal vez este espacio de la camio no será el adecuado y no quiero una casa ni un ranchito, ni básicamente nada. Sólo

quiero esto que está acá. Una camita con un gato, una mesita hecha con cajones de verduras y un mantelito colorido arriba.

Todo en diminutivo.

Todo chiquito, abarcable.

Capaz que si consigo un caloventor y un enchufe pueda quedarme acá.

No chiquis, no tengo placas solares.

Me conecta con algo muy fuerte el fin del verano.

Las algas que van quedando desparramadas por la playa, junto con troncos viejos, pedazos de vidrio pulidos por las mareas y demás objetos irreconocibles; los atardeceres largos y más tempraneros, la arena cada vez con menos gente, cada noche más fría que la anterior, la brisa que se convierte en viento, los amaneceres más tardíos, los gallos con lagañas.

En el almacén del pueblo sólo se escucha el acento local y no hay que hacer fila para pagar.

En el bar de Paty abrimos menos horas y viene cada día menos gente.

En poco tiempo va a abrir sólo los fines de semana y algún feriado.

Todo ese combo de detalles sumado a mi falta de abrigo, aunque hace días que voy por la vida coleccionando buzos, pantalones, camperas, medias y otras cosas que me regalan cada vez que estoy en un lugar y me ven abrazarme una parte del cuerpo con cara de me estoy cagando de frío.

El baño de mar que me doy cada mañana cada vez me cuesta más. Noche aprovecha cada vez que abro la camio para colarse adentro y después hacerse el dormido para no salir.

Tengo algunas decisiones que tomar. Evidentemente.

Pero no hoy.

Hoy me voy a quedar así. Con Noche durmiendo o fingiendo que duerme en el hueco de mi espalda o sobre mis piernas cruzadas. Mirando por la ventana

mientras termina de caer la tarde y yo escribo en esta compu vieja sentadx en la cama. Después voy a leer un libro hermoso y triste y caeré rendidx en los brazos jugositos de Sbarra. Y después de todo eso voy a brindar con mi eco dulce y feroz con vino tinto. Y dormiré soñando con cosas ricas, amables y maravillosas.

Y mañana... pues mañana veremos.

En el rancho de Pepi hay una lámpara de pie con pantalla amarilla de papel decorada con flores secas de santarritas y algo más que no sé qué es.

La luz cae en un círculo al piso que es de cemento pulido y pedazos de mosaicos. Hay algunas alfombritas cada tanto y una mesa ratona, pero ahí no llega el círculo, sólo el resplandor de la luz tenue.

Nos sentamos en las alfombritas. Cada unx en una distinta. Frente a frente. La mía es roja fuerte, la de ellx es negra.

Hay gatis que pasan por todas partes y se acurrucan donde encuentran un hueco.

Vamos hacia un ritual de amor.

Nos sacamos la ropa y nos miramos.

Tenemos cuerpos de seres encantados.

La piel nos brilla.

El mar se escucha como si estuviera adentro. Brama, ruje.

La estufa de leña está encendida y también arroja su manto naranja por toda la casa. Huele a piña, a pino y a eucalipto. Se escucha como crepitan y ese crepitar se mezcla también con la lluvia que cae.

Nos conocimos con lluvia. Es un ritual.

Nos tocamos con las puntas de los dedos. Con las yemas. Con las palmas de las manos. Con los brazos. Con las panzas.

Porque tocarse es entrar en el universo del otro. Adentrarse en los portales de la piel a través de descargas eléctricas pequeñas y traspasar contornos. Hundirse en el otro cuerpo, danzar como en una corporalidad nueva que nace y trasmuta en cada contacto.

Danzar.

En éxtasis.

Por cuerpos.

En cuerpos.

Ser cuerpos y al mismo tiempo ser transparentes. Ser materia y sustancia y al mismo tiempo no.

Desdibujar los límites de la corporalidad mientras dibujo con un dedo los contornos de un cuerpo.

Porque llueve y tenemos un ritual. Y nos llovemos tan rico.

El fin del otoño y comienzo del invierno pasado del hemisferio norte estuve en los Alpes trabajando en limpieza en un hotel.

Era como en los cuentos. Emplazado en un pueblito minúsculo, rodeado de montañas nevadas y árboles blancos.

Las casas eran hermosas y les salía humo por las chimeneas, y ese humo perfumaba todo el aire.

Había ríos que bajaban cantarines por las rocas.

Bosques alucinantes que suben la montaña o se extienden hacia las planicies.

Cuando nevaba, desde mi ventana, podía ver el mundo como nunca lo había visto.

Una luz azulada cubría la superficie de las cosas y la nieve era la materia más hermosa del universo.

Los pájaros cantaban y volaban. Yo pensé que cuando nevaba había silencio, pero no. Los pájaros andan por ahí en la suya.

De mañana me levantaba muy temprano a tomar mate y a escribir.

Después empezaba la jornada laboral con personas venidas de los rincones más desconocidos del planeta (para mí, claro. Para esas personas quien venía de los lugares más desconocidos del planeta era yo).

Lo único que sabían de Latinoamérica era por las novelas, entonces decían frases como Mi amor... o Cuánto te amo...

Jamás me imaginé que en Croacia o en Bosnia se vieran novelas en mi idioma. Me moría de risa cuando decían cosas así. También sabían estribillos de un par de canciones románticas y melosas.

Una vez pasé por la cocina y estaba sonando un reguetón en castellano.

No había una sola persona de Latinoamérica por ninguna parte.

Me sorprendió. Siempre pensé que vaya donde vaya alguien de Latinoamérica me iba a encontrar. Pero no.

Había gente de Irán, de Togo, de los Balcanes, de Afganistán, de Rumania, de Hungría, de Italia, etc, etc, etc. Pero de Perú, Argentina, Bolivia, Chile, Uruguay, Nicaragua, etc, etc, etc, nada de nada.

No hablo inglés y pensé que ese sería un problema a la hora de comunicarme. Pero no lo fue porque casi nadie hablaba inglés de todas formas.

La lengua que había que hablar era alemán pero casi nadie tampoco lo hablaba o lo hablaban mal.

Tampoco hablo alemán.

Ahora es el fin del verano de este hemisferio y tengo la sensación que el otro hemisferio es un mito o una leyenda, que no existe en la vida real. Que la historia que viví allá es en otra vida o es la vida de alguien más.

Como si el millón de historias o de anécdotas se acumularan sobre mi cuerpo o sobre mis cuadernos y después yo sigo por ahí, tan campante. Como si para pasar de una historia a otra sólo me sacara el abrigo y abriera una puerta.

Cómo recordaré este refugio entre las dunas y el bosque en unos meses? Y la casa de Belén? Y el cuerpo elástico de Pepi? Y a mí mismx en este tiempo?

Cómo recordaré mis idas al supermercadito de la calle principal y las charlas con su dueña de pelo teñido de rubio y delantal verde? Y a cada una de las personas con las que me cruzo en el camino de ida y en el de vuelta. Que ya me conocen, que me cuentan como parte de la geografía.

Y el bar de Paty? Cómo recordaré este trabajo? Y a lxs clientes, lxs recordaré? Que vienen día tras día mientras les duren las vacaciones. Con sus hijxs, con sus suegrxs. Se sientan en la playa o en las mesitas del deck y les llevo cosas ricas.

En unas semanas, me acordaré de ellxs? Si me lxs cruzo en la ciudad y me saludan pondré cara de se me hace que te conozco y cordialmente diré hola, pero seguro que no me acuerde.

Sí, a veces me da tristeza ser quien soy.

Puede ser porque justo ahora estamos en piscis o la luna, el eclipse o qué sé yo, pero siempre cargo con la lucha interna de no poder ser de otra manera y de entristecerme a veces por eso.

Soy un torrente descontrolado que me
arrasa a mí mismx y me lleva puestx.

Le digo a Pepi si puedo estacionar la camio en su terreno y pasar los últimos días del mes con ellxs en comunidad.

Que claro, que no hay problema.

Ya había empezado a anochecer más temprano así que alrededor de las siete u ocho cocinamos unos chapatis y unas verduritas salteadas.

Sacamos el banquete a la mesa de afuera y comimos bajo las estrellas.

Había un brisita pero no hacía frío.

Al rato se fue sumando gente. Cada unx traía cosas ricas para picotear. Se pasó del mate al vino en un segundo.

Noche se había venido conmigo y se hizo compinche de lxs otrxs gatxs que andaban por ahí. Primero se miraron con cara desconfiada pero nadie tenía ganas de pelear realmente así que cada unx en paz se adueñó de un rincón y se acurrucaron por ahí.

Pensé en mis opciones reales de supervivencia en ese tiempo que se venía en lo inmediato y en mis deseos.

Tenía plata suficiente para estar algunos meses sin tener que trabajar y quería ver el pueblo fuera de temporada pero no quería pasar el invierno. Esta vez sentía que hasta ahí estaba bien.

Un otoño en la playa me parecía un buen y hermoso plan.

Si me arrepentía podía irme antes, si no, sería esa la jugada.

O si me arrepentía también podía quedarme en el invierno. O tal vez volver el próximo verano. O quién sabe.

Después tendría que ver para dónde arrancaba. Pero para eso faltaban tres meses. Tres meses para quien anda viajando son como miles de vidas enteras.

No sé nada sobre el asunto de la relatividad del tiempo del que habla la ciencia, pero sé un montón de la relatividad del tiempo de la que hablan los cuerpos que se mueven a la velocidad de los viajes.

Bajé de la camio y me estiré sobre el pasto con toda mi extensión felina. Dejé que todas las cavilaciones sobre un futuro incierto se las trague el suelo, la tierra fértil, y volví a erguirme.

No tiene ninguna importancia dónde vaya ni el tiempo que decida quedarme porque todo lo que vivo es intenso y veraz.

La gente con la que converjo es intensa y veraz.

Los vínculos que se generan son intensos y veraces.

En algún rincón de mi mente pienso que sin nuestra energía que choca furiosamente contra todo, el mundo no se sostendría. Se caería a pedazos.

Lxs montaraces.

Soy yo, somos nosotrxs, estos cuerpos andantes. Estos torbellinos.

EL FIN y su potencia

Me gustó escribir este libro pensando que es sólo una historia.

Que no es el mejor ni el peor libro del mundo.

Que responde únicamente a la ancestral necesidad de contar historias. Porque sí. Porque es constitutivo de nuestra humanidad narrarnos.

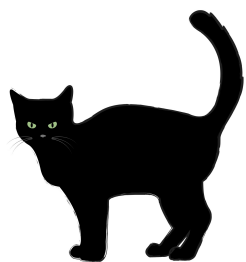
También me gusta pensar que nunca voy a saber el nombre con el cual Belén firma sus obras. No le volví a preguntar sobre eso y tampoco volvió a salir el tema.

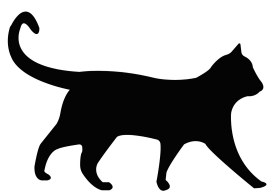
Al releerlo antes de poner el punto final y publicarlo, me doy cuenta que un montón de veces digo No sé, No conozco, etc. Y en ese sentido también me parece que está bueno poder escribir libros sin saber demasiado.

No somos académicxs, somos narradores. Podemos hacer lo que queramos sin tener que apelar a la realidad ni hacernos lxs expertxs en nada. No necesitamos la legitimación de nadie.

Somos lxs brujxs en torno a la hoguera que cuenta cuentos para que escuche quien desee, o quien tenga hambre de desear.

Y también, y sobre todo, este material literario nace para hablar desde el lugar del mundo que ocupó, que soy. Porque como lectorx también necesito leer sobre mundos que me incluyan para no morir de soledad en las noches frías.









Se terminó de imprimir en algún
momento de la historia, en algún lugar
del mundo en el Taller de
Ediciones Frenéticxs Danzantes